

LAS MUJERES DETRÁS DE PICASSO

EUGENIA TENENBAUM



LAS MUJERES DETRÁS DE
PICASSO

EUGENIA TENENBAUM

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Eugenia Tenenbaum, 2023

Ilustraciones: © pág. 13: Esther Gili / pág. 33: María Hesse / pág. 55: Lady Desidia / pág. 69: Sara Herranz / pág. 91: Ana Santos / pág. 117: Laura Agustí / pág. 135: María Herreros / pág. 165: Isa Muguruza

Ilustración de cubierta: © Beatriz Ramo Fernández (Naranjalidad)

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 - 28027 Madrid

lunweg@lunweg.com

www.lunweg.com

www.instagram.com/lunweg

www.facebook.com/lunweg

www.twitter.com/Lunweglibros

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-19466-42-6

Depósito legal: B. 20.914-2022

Imprime: Macrolibros

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



ÍNDICE

Introducción	6	
Jacqueline Roque	12	POR ESTHER GILI
// NOTA BIOGRÁFICA	27	
Fernande Olivier	31	POR MARÍA HESSE
// NOTA BIOGRÁFICA	51	
Eva Gouel	53	POR LADY DESIDIA
// NOTA BIOGRÁFICA	65	
Olga Khokhlova	67	POR SARA HERRANZ
// NOTA BIOGRÁFICA	87	
Françoise Gilot	89	POR ANA SANTOS
// NOTA BIOGRÁFICA	112	
Marie-Thérèse Walter	116	POR LAURA AGUSTÍ
// NOTA BIOGRÁFICA	130	
Dora Maar	133	POR MARIA HERREROS
// NOTA BIOGRÁFICA	160	
Geneviève Laporte	164	POR ISA MUGURUZA
// NOTA BIOGRÁFICA	179	
Bibliografía	181	

LAS PROTAGONISTAS

Fernande Olivier (1881-1966)

Eva Gouel (1885-1915)

Olga Khokhlova (1891-1955)

Dora Maar (1907-1997)

Marie-Thérèse Walter (1909-1977)

Françoise Gilot (1921)

Geneviève Laporte (1926-2012)

Jacqueline Roque (1927-1986)

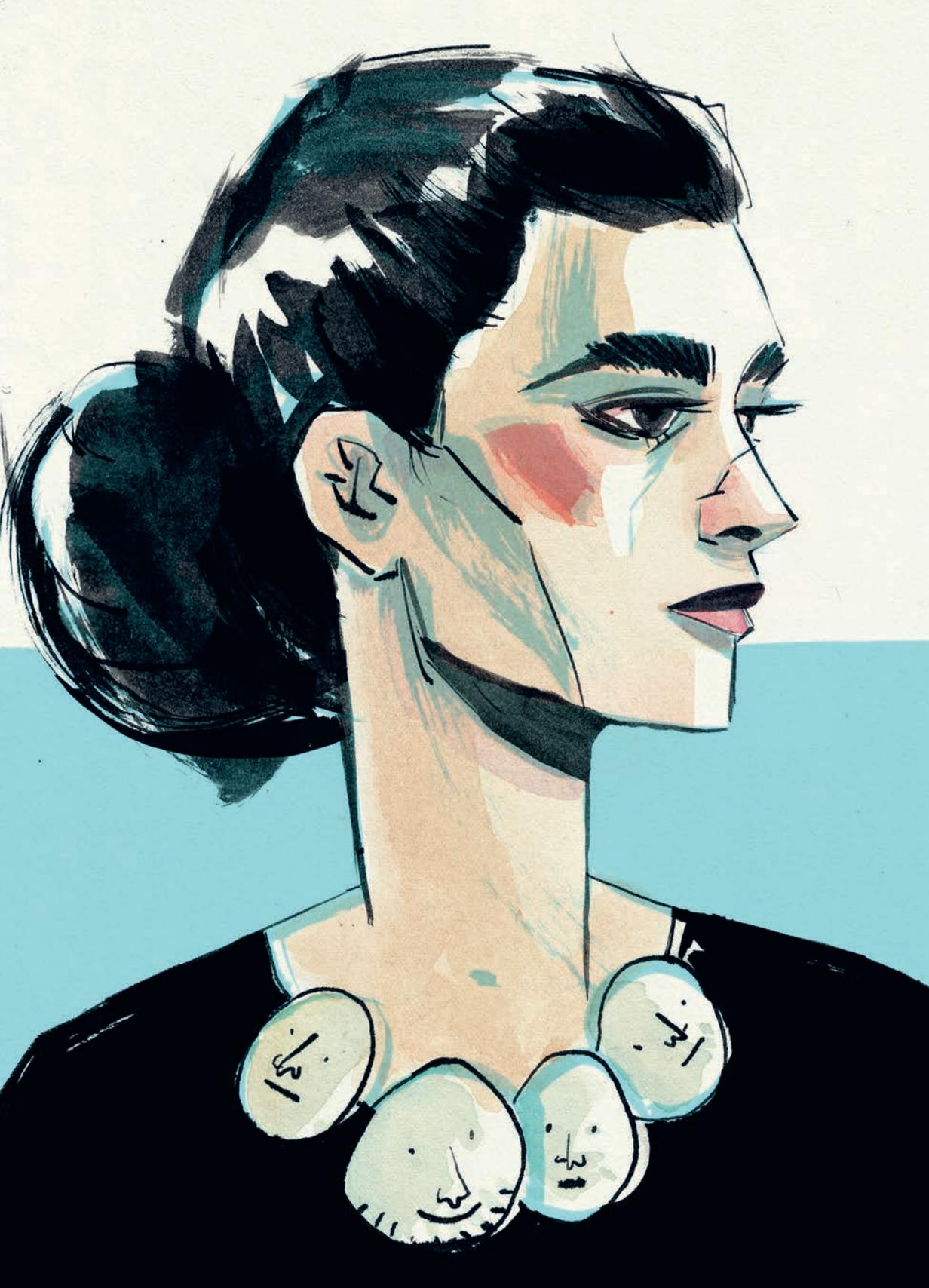


JACQUELINE ROQUE

Jacqueline Roque no recuerda lo que es el sueño porque lleva sin conciliarlo varias semanas, ¿o son años? Se tumba en su cama con las manos entrelazadas sobre el estómago, la mirada fija en el techo. Centra la atención en su respiración, pensando que quizás, si se esfuerza lo suficiente, pueda conseguir que los pulmones que duermen en la habitación de al lado se acompañen a los suyos. ¿Puede un corazón mantenerse con vida gracias al latir del nuestro? A Jacqueline Roque le gustaría que así fuese. Quiere que su corazón y sus pulmones trabajen por dos, vivan por dos.

Cuando siente que va a desfallecer, que el sueño se empieza a arrastrar por el suelo para llegar hasta ella, se levanta en silencio pero con rapidez, camina descalza hacia la pared y pega a ella su cara, tratando de discernir los diferentes sonidos que vienen de la habitación de al lado. Si los muelles del somier crujen, aunque sea suavemente, ella suspira con alivio: se está moviendo. Si le oye carraspear, cierra los ojos y las arrugas de preocupación desaparecen de su frente; está respirando. Al separarse de la pared se frota la mejilla para que la cal no ponga en evidencia su alerta. Si ella está tranquila cree que él también lo estará. Después de esas incursiones, cuando el corazón le palpita fuerte en el pecho, regresa a la cama y a su posición original. Y sigue esperando, atenta, cualquier llamada, cualquier urgencia, para que su vigilancia se convierta en asistencia si así él lo precisa.

Deben de ser las dos de la mañana, quizás las tres, cuando un espasmo recorre todo su cuerpo. Se ha quedado dormida. No puede quedarse dormida. Se levanta de la cama como un rayo, abre la puerta de la habitación y antes de entrar en la de al lado se coloca una mano en el pecho, se tranquiliza y la abre con cuidado. No hay tiempo para espiar a través de la pared o la puerta. Se ha quedado dormida y eso, en estas circunstancias, puede ser un error mortal. Al asomar la cabeza por el hueco de la puerta se lo encuentra respirando con dificultad, todavía dormido, y de nuevo el corazón de Jacqueline comienza a galopar. En el pecho. En la garganta. Detrás de las orejas. No lo piensa dos veces. Se acerca al borde de la cama



y empieza a acariciar esa cabeza en la que la presencia de pelo es una mera anécdota. Mientras él despierta, ella se acerca a su pecho para constatar lo evidente: ese pitido entre respiraciones es el sonido de la dificultad.

Su marido abre los ojos. Levanta los párpados como dos pesadas cortinas y la mira desde esa profundidad volcánica que nunca es lava pero en la que siempre se vislumbra la posibilidad de un estallido. Jacqueline Roque sonrío y sigue acariciándole la cabeza mientras le besa la frente. No necesita que él diga nada, sabe lo que tiene que hacer. Se acerca al teléfono más cercano y al otro lado de la línea no tarda en escuchar la voz adormecida del doctor Bernal. Ni son las dos ni tampoco las tres. Son las cuatro de la mañana. En su voz hay calma pero en su tono se agazapa un grito. Empieza a tejer con maestría una historia que saque al doctor de su cama sin que su marido sienta la necesidad de levantarse de la suya. No puede permitirse asustarlo. Actúa como si la primera luz del alba estuviera a punto de colarse por la ventana, interpretando para él una rutina que no es tal, fingiendo que sus nervios no están crispados. El doctor Bernal entiende y le dice a Jacqueline que se personará allí cuanto antes. No puede respirar tranquila, pero cuelga el teléfono con calma y se gira hacia su marido para decirle que su amigo tiene tantas ganas de verle que cogerá el primer avión a Niza. «Ahora duerme un poco más», y vuelve a besarle la frente, las mejillas y la boca antes de salir de la habitación. Nada más cerrar la puerta, aprovecha la amortiguación de sus pies descalzos para ir corriendo a despertar al resto de la casa: a su hija Cathy, a Doris, la ama de llaves, y a María Bruno, la empleada doméstica.

Mientras María prepara un temprano e improvisado desayuno consistente en café y té, todavía con las legañas acomodadas en el lagrimal y los bostezos saliendo cada dos por tres de su boca, Cathy se enciende un cigarro tras otro. La relación con su madre es distante, tan tirante como una cuerda a punto de romperse, pero aun así le coge la mano y acaricia el dorso con el pulgar. Cuando María sirve las bebidas y Jacqueline coge su taza, esta tiembla como una tempestad. «Va a ponerse bien. Lo sé. Sé que va a ponerse bien. Va a ponerse bien. Lo sé. Sé que va a ponerse bien.» Una plegaria convertida en un rezo, un mantra repetido en susurros, casi una amenaza a alguna santa que no está presente en la

cocina, ni en las treinta y cinco habitaciones de la casa, ni tampoco en el mundo entero; pero Jacqueline repite su oración mientras su hija le acaricia la mano, Doris va a limpiarse la cara y su marido sigue respirando con dificultad en el piso de arriba.

Cuando oye al doctor Bernal entrar en el domicilio, ella lleva ya varias horas sentada en una de las esquinas de la habitación en la que, de nuevo, empieza a despertarse su gran amor. Son ya las nueve o las diez de la mañana. Sale a recibir al doctor y, sin necesidad de guiarlo, le sigue por el mismo camino que ha desandado ya varias veces este 8 de abril de 1973. Su marido lo recibe bromeando y a Jacqueline se le pone una estrella en la cara. «Va a ponerse bien. Está de buen humor. Va a ponerse bien.» Se sienta durante unos momentos a los pies de la cama mientras el doctor le suministra algunas inyecciones para ayudarle a respirar mejor. La esperanza que alberga el pecho de Jacqueline es la duda que recorre el gesto del doctor. Pero ella no lo ve porque no quiere verlo. Tiene que seguir con su plegaria, con la teatralización de un día cualquiera en el que ella es joven, lo cual es cierto, y él está sano, lo cual no lo es. Esa mañana, solo dos personas permanecen ajenas al «toc, toc, toc» de la muerte en la puerta de esa casa. Una de ellas es Jacqueline y la otra su marido.

A las 11.45 de la mañana, el rostro rosado que Jacqueline ha contemplado sin cesar las últimas horas se vuelve gris. Al darse cuenta, se le tensa la mandíbula y se abalanza sobre él, apretando su cuerpo contra el suyo, hundiendo la cara en su cuello. No hay lágrimas ni sollozos, porque él no está muerto. Solo está dormido. Y de repente una presión sobre los hombros. Es el doctor Bernal, que la aparta con toda la suavidad y la ternura posible del cuerpo ahora convertido en recuerdo, negando con la cabeza, como diciendo: «Querida, ya está». Pero Jacqueline sabe que no es cierto. Se pasa las manos por la cara, alejando con ello un mal pensamiento, se endereza y procede a coger la manta que reposa a los pies de la cama para ponérsela a su marido por encima, hasta la altura del mentón. Es un día lluvioso y frío, y ella no quiere que él coja frío.

En el piso de abajo esperan Cathy, Doris y María. Jacqueline baja las escaleras con la cabeza alta, pero sus piernas tiemblan. La sigue de cerca la sombría

presencia del doctor, que al llegar al pie de la escalera, con una mano sujetando contra el estómago su sombrero y la otra asiendo el maletín, inclina la cabeza en señal de pésame y también de despedida. Cathy estrecha a su madre entre los brazos como hacía años que no la abrazaba. Esta será la última vez que la distancia física y emocional entre madre e hija sea tan corta. María contiene las lágrimas y recibe el permiso para subir a despedirse por última vez del señor. Doris se queda al lado de su señora, cogiéndole la mano y acariciándole la espalda. Nadie media palabra. Fuera, el cielo sigue llorando.

Jacqueline Roque sabe que tiene pocas horas, quizás no más de un par, para estar con él a solas. Después vendrá el sonido incesante del teléfono, las visitas, las cartas, las condolencias, los llantos y, con todo ello, la constatación última de que tiene cuarenta y siete años y acaba de quedarse viuda. Cuando vuelve a entrar en la habitación de su marido, el color parece haberlo abandonado todo. Coge una de las sillas, la acerca a la cama y se sienta a su lado. No es capaz de recordar si cerró los ojos para no volver a abrirlos, si se los cerró ella a besos o si fue el doctor Bernal quien tuvo la delicadeza de hacerlo por ambas. Lo llama por su nombre, primero arrastrada por la cotidianidad y después por el dolor. Ese nombre tantas veces repetido se convierte en un susurro que empapa el ambiente, flota en el aire y se extiende entre las dos. Le acaricia la frente, las mejillas, le coge la mano y la lleva a su boca, tratando de infundirle un calor que ni ella misma siente, mucho menos él. Se fue sin pena y sin alboroto. Se fue sin ser consciente de que se iba, que es la mejor manera de irse, piensa Jacqueline. Ahora tiene para sí misma todo el pesar que es capaz de albergar un cuerpo. Siente que si espera lo suficiente, él abrirá los ojos, la atravesará con ellos y la envolverá con el sonido de esa voz que es ya solo memoria. Pensando en la voz de su marido encuentra la suya. Carraspea, sacude la cabeza y empieza a hablar.

«Todavía no me creo que me hayas dejado sola. Sola en esta casa tan grande. Sola pero tan rodeada de ti. ¿Qué voy a hacer ahora que no estás? Dímelo. Durante más de una década hemos esquivado la muerte. Le tenías tanto miedo que entre las dos urdimos el plan perfecto para esquivarla: trabajar, trabajar, trabajar. La muerte no sería tan osada de ir a tu encuentro mientras trabajabas, así que lo

hiciste tanto que apenas tuvimos tiempo de hablar. Por eso te hablo ahora, por todo lo que he callado. Te he amado tanto... Te he amado tanto que ahora me doy cuenta de lo perverso que es hablar del amor hacia los muertos en pasado. Tú también hablabas en presente de quienes no están. No te he amado: te amo. Te has ido, pero mi amor hacia ti seguirá creciendo conmigo, me acompañará allí donde tú ya no puedes hacerlo y me recordará lo felices que fuimos, lo feliz que me hiciste. ¿Te acuerdas, querido, de todas las veces que venías a por mí para asegurarte de que seguía con vida? Tus entradas triunfales mientras me bañaba, tus pataletas parecidas a las de un niño cuando me ausentaba durante demasiado tiempo, cuando me perdías de vista durante unos minutos, cuando salía y regresaba un poco más tarde de la hora que habíamos acordado. Durante veinte años he sido tu sombra y tú has sido mi sol. ¿Quién va a iluminarme ahora que tú ya no estás? ¿Cómo podré descansar sabiendo que no volveré a verte? ¿De dónde sacaré las fuerzas para seguir? Puedo perdonártelo todo menos esto. Puedo perdonártelo todo excepto que me hayas dejado sola entre tantas fieras. Tu muerte es para mí el peor castigo y si hubiera podido quitarme años para dártelos a ti bien sabes que lo hubiera hecho. Lo haría ahora mismo, una y mil veces, con tal de recibir una orden más, con tal de encajar una queja más.

»¿Te acuerdas de cuando en lugar de quitarme años me los pusiste? Creaste para mí hasta un nuevo nacimiento, todo para que estuviésemos más cerca, para que no me sintiese tan lejos. Así pude entrar en tu órbita: naciendo treinta y cinco años antes. ¡Cómo te gustaba bromear con ese pasado que yo no viví pero del que me hacías partícipe! “Jacqueline, ¿no te acuerdas? ¡Tú estabas allí!”. Y sí, sí lo estaba, pero a través de ti. Ojalá poder ganarle el pulso a la vida y al tiempo. Ojalá hubiese vuelto antes de ese continente tan lejano al que tú y yo tanto debemos, pero que tanto me separó de ti. Si hubiera sabido que me esperaban veinte años a tu lado, habría hecho lo que fuera por que fuesen treinta, cuarenta, toda mi vida. Te habría dado toda mi vida y no habrías tenido ni que pedirlo. Pero te di todo cuanto tuve, todo cuanto supe, desde el momento en que te conocí.

»No fueron años fáciles, ¿verdad? Tanto tú como yo éramos dos animales que se lamían mutuamente las heridas. Yo, en trámites de divorcio con André. Tú,

recién abandonado por Françoise. Todavía hoy me pregunto cómo pudo hacerlo, cómo fue capaz. ¿Es que acaso no era consciente de que un hombre de tu edad no podía estar solo? Necesitabas que alguien te cuidase y te amase, y en el taller de Madoura aparecí yo. No sabes lo feliz que me hacía verte pasándote por allí cada día con cualquier excusa, todo para quedarte un rato hablando conmigo. Te brillaban tanto los ojos que hiciste de los míos un satélite siempre girando a tu alrededor. Absoluta fue la entrega y nulo el arrepentimiento. Por eso no sé qué voy a hacer, mi amor, sin ti. ¿Cómo reconstruir una vida que he creado a tu medida? ¿Cómo encontrarme cuando me he perdido en ti? Me has dejado sola ante el peligro. Tú mismo me lo advertiste: cuando tú no estuvieras, vendrían a por mí. Jamás habría presenciado una batalla tan sangrienta. Si presto atención, puedo escuchar ya los tambores de guerra aproximándose. Pero ahora estamos solo tú y yo, como siempre. Desearía que hubiéramos podido tener un poco más de tiempo. Veinte años reducidos a un suspiro, al anhelo de que fuesen otros veinte más.

»¿Y qué nos queda, querido, de todo lo que hemos construido? El vago recuerdo de lo que fuimos, la leyenda que ahora dejas y que me encargaré de cuidar para que perviva. Preservar tu legado será para mí una nueva forma de entrega, asegurarme de que tu nombre llega en muerte todavía más lejos de lo que ha llegado en vida. Ningún rincón de este planeta permanecerá ajeno a tu persona, en todos los idiomas se emplearán palabras para referirse a ti. No habitará esta tierra ni una sola retina que no esté familiarizada con tu obra, te lo prometo. Esa obra que es como nuestra hija, que cumple la función que tú y yo no pudimos llevar a su fin. Si mi cuerpo hubiera sido capaz de engendrar una semilla con tu nombre la habríamos llamado Victoria, pues victoria es lo que sembraste en esta vida. Me apena que tanta gente no haya sabido verlo, que no haya encontrado la forma de respetarlo. Te lo he dicho siempre y te lo repito ahora: tu luz deslumbraba tanto que no todos los ojos podían sobrevivir a ella. Pero los míos sí. Los míos te observaban mientras trabajabas, se acurrucaban al lado de ese trozo de vidrio transparente incrustado en el suelo y sobrevolaban tu estudio desde arriba para asegurarse de que estabas bien, de que no necesitabas nada, de que estabas

creando en paz. Toda la paz que quisieron quitarnos la encontraste entre esas cuatro paredes llenas de lienzos. Esas que me aseguraba que no traspasase nadie para molestarte. Ya bastante te habían incomodado.

»Ahora todas esas sombras, esos buitres, vendrán a intentarlo de nuevo una última vez. Todavía no han llegado y ya siento su aliento al otro lado de la valla, agazapadas en la puerta, exigiendo la entrada a una casa que llevan décadas sin pisar. Nunca entendieron que al Maestro no se le molesta, no se le contradice y no se le importuna. Conseguimos hacer de esta casa nuestro bastión y con qué coraje lo defendimos, ¿recuerdas? No te preocupes. Me encargaré de seguir defendiéndolo todavía con más ganas. Como tú me pediste, aquí ya está todo el mundo avisado para que no entre nadie que no sea bien recibida. El dolor es tanto, querido, que podría humedecer las paredes, llenar todas las esquinas, hacer de esta atmósfera algo irrespirable. Has llenado la inmensidad de esta casa con tu vacío y ahora es mi turno de llenarla de pesar. Disculpa mi pesimismo, todavía me cuesta entender que estas manos que agarro y este rostro que acaricio forman ya parte de un pasado que siempre consideraré presente. Vamos a recordar cosas felices, como cuando te enseñé a bailar ballet y las dos reímos hasta hartarnos, hasta que nos dolieron las entrañas; lo mucho que disfrutabas las corridas de toros; el calor de la gente; las visitas de Cocteau y de tu interminable lista de amistades, que fue acortándose con el paso del tiempo porque tú así lo quisiste, así lo necesitabas. Ahora podrás seguir discutiendo, riendo y burlándote de él, de nuestro querido Cocteau. Podrás reencontrarte con todos los que se han ido yendo. Quizás eso sea lo único que distraiga un poco mi pena, pensar en las risas que estarás provocando en otro lugar, uno al que no tengo acceso. Llegarás allí por la puerta grande, quitándote el sombrero para elevarlo en lo alto mientras gritas: “¡Aquí estoy, aquí me tenéis, ya he llegado!”. Te recibirán con vítores, brindis y aplausos. Llorarán de alegría al volver a verte, te auparán en sus hombros y te harán brincar por encima de sus cabezas hasta que te enfades y empieces a maldecir a todos y cada uno de ellos, porque qué serías tú sin tu malhumor, querido. ¡Pero no te enfades conmigo, que casi puedo verte ya frunciendo el ceño! Permíteme, por favor, unas últimas bromas.

»¿Sabes? Saldrás de esta habitación envuelto en una preciosa capa negra española. He pedido que la traigan desde Madrid específicamente para ti. La tierra encontrará tu cuerpo preparado para un último viaje como tú querías. Velarás Vauvenargues y yo velaré por ti. No estoy preparada para dejarte ir. No quiero salir de esta habitación, soltar tu mano y enfrentarme a un futuro en el que solo haya espacio para mí. Para mí sin ti. ¿Cómo puede ser eso posible? ¿Cómo puede la vida ser tan cruel? Pero no sabes lo bonito que fue escuchar mi nombre entre tus últimas palabras. Te fuiste en paz y con tu ida te llevaste toda la que quedaba para mí. Debo confesarte, ahora sí, que estos últimos años no he conocido el descanso. La inquietud se acostaba conmigo en la cama y no me dejaba dormir, temía encontrar tu muerte en sueños y despertarme para comprobar que se había convertido en una realidad. A primera hora de la mañana, cuando la luz del alba se colaba por la ventana, yo ya estaba de nuevo en pie, daba igual si había dormido o no. Arrastraba mi cuerpo por pasillos, escaleras y habitaciones, porque sabes que nunca me gustó utilizar el ascensor que te regalé por tu nonagésimo cumpleaños. Antes de que te despertases ya lo había organizado todo para que tú solo tuvieses que dedicarte a pintar. Pagaría lo que hiciera falta por volver a sentarme aquí con la correspondencia en la mano, leyéndote las cartas, contándote quién había llamado para venir a verte. Juntas nos reíamos como dos niñas malvadas que tejen entre sus manos una nueva jugarreta. Tú no querías visitas y yo me encargaba de trasladar las negativas por teléfono. ¿Te acuerdas de la desesperación en la cara de algunas amistades tras varios intentos por verte? No entendían que lo que tú necesitabas era centrarte en tu trabajo, que ya bastante jolgorio, bastante fiesta, bastante cháchara habías soportado a lo largo de tu vida. Ni de anciano querían consentirte el lujo de pactar tu propia soledad, y todavía hoy me siento honrada de que decidieras compartirla conmigo.

»Juntas no solo echamos un pulso al tiempo y a la muerte. Hablo ahora de ella porque sé cuantísimo te asustaba su sola mención. Sabías que venía a por ti, que te esperaba en la puerta de casa, y al final consiguió entrar. No pidió perdón y tampoco permiso. Pero no era eso de lo que quería hablarte. ¿De qué quería hablarte? De tanto y de tan poco... Siento que nadie me conoce como tú lo haces

y, al mismo tiempo, también siento que debo haber sido una desconocida para ti. No sé hasta qué punto me mostré como era o como tú necesitabas que fuera, y no sé si eso me pesa, me alivia o me complace. Si tú eres el Dios que palidece siguiendo el destino de todos los hombres, entonces yo debo ser tu mártir y morir por ti si no puedo hacerlo a tu lado. ¿Ves este día gris? Lo es porque te llevaste el sol contigo.

»Pero basta ya de hablar de pérdida. Ni el presente ni el futuro tienen nada que ofrecerme. Me agarraré entonces al pasado para seguir adelante. Cuando nos conocimos yo ya no era una niña, bien lo sabes, pero llegué a tus manos como una de las tantas piezas de cerámica que había en el taller de la señora Ramié y su marido: llena de potencial pero todavía a medio hacer. Estaba tan perdida, querido, tan perdida... Y lo que es peor, tan desencantada con la vida, el amor y los hombres. Por eso al principio me resistí a ti, no quería más dolor en mi vida, tampoco más abandono. Pero tú no cejaste en tu empeño, siempre has sido una persona decidida a conseguir todo lo que se propone, fuera cual fuese el precio para conseguirlo, y yo no iba a ser la excepción. Ciento ochenta y dos rosas me trajiste; una rosa para cada día que nos veíamos, para cada día que venías a buscarme. Daba igual que fuese en el taller o en mi propia casa. Llegué a la Costa Azul huyendo de un hombre que mataba callando para encontrarme con un hombre hablador que era, además, también un galán.

»La señora Ramié, igual que su hija Huguette, no paraban de advertirme sobre ti. No soportaban la sonrisa que estampabas en mi cara y que ahí se quedara el resto del día, nada más salías por la puerta. Ambas me cogían del brazo, me zarandeaban con suavidad y me decían que no cayese en tu embrujo, que no eras bueno y que acercarme a ti sería mi perdición; que toda mujer que tocabas la destrozabas. Lo que no sabían ellas era que mi perdición habría sido lo contrario, pero al principio me dejé convencer. André me había exprimido las ganas de amar a golpe de indiferencia y me prometí no volver a confiar jamás en ningún hombre. Necesitaba sacar adelante a mi hija a toda costa, y a mí con ella. No tenía tiempo, ganas ni intención de volver a enamorarme, de volver a confiar. Pero contigo era muy difícil. Tu insistencia no podía ser otra cosa más que sincera. ¿Para qué si no

ibas a poner tanto esfuerzo en buscar mi compañía y en pedir que yo fuera la tuya? Seis meses y más de ciento ochenta rosas. Yo me preguntaba qué verías en mí, qué tendría yo para ser merecedora de tantas y tales atenciones. Me ponía delante del espejo, me examinaba hasta donde me llegaba la mirada y no encontraba la respuesta. En aquel momento no me importó tenerla, me bastaba con que la tuvieras tú, y una vez fui tuya no necesité encontrarla; ya te tenía a ti.

»Qué extraño es ahora pensar que hubo un momento en que nadie daba un duro por nuestra relación, ¿verdad? ¡Ay, qué poco sabían y qué cortas eran sus miras! Tú ya anciano, yo todavía sin haber llegado a la treintena. La diferencia de edad y de temperamento, tu fama incuestionable y mi anonimato sin precedentes causaron un vendaval que aprendimos a capear juntas. La gente dice saber amar, pero cuando se encuentra de frente con el amor se asusta. Yo no y tú tampoco; cocinamos a fuego lento el afecto, la intimidad y la rutina, primero lejos de los ojos de la gente, luego sin ambages y sin vergüenza. Nada había que ocultar. Si éramos dos cuerpos destinados a hablar el mismo idioma no lo sé, ahora el destino me parece una cosa perversa, pero sí sé en cambio que caminar a tu lado fue el mejor trayecto en el que la vida podía embarcarme. De esto estoy segura.

»Ahora que el vacío se extiende delante de mis ojos no puedo evitar preguntarme qué habría sido de mí de haberme conformado con André, de haberme quedado en Bobo-Dioulasso con él. Cuando pienso en mi vida antes de ti la siento tan lejana que me da la sensación de que desde entonces he vivido por lo menos tres vidas: la que soñé, con la que me encontré y la que tú me regalaste. No sé si pediste algo a cambio, creo que no fue necesario: estaba dispuesta a dártelo todo. No todos los días, no todas las vidas tiene una la oportunidad de conocer y casarse con un genio de tu calibre. Pagaría de nuevo, una y otra vez, el precio que fuera por volver a hacer lo mismo. No cambiaría nada, al menos nada que tenga que ver contigo. Sé que mi vida antes de ti me queda muy lejana porque apenas he pensado en ella desde que te conocí. A ti no te interesaba de dónde venía, solo que estuviese a tu lado y que no abandonase tu vera, y eso hice. Pero ahora, en este día tan frío, no puedo evitar pensar en el día de mi primera boda. Quizás sea cierto que todo empieza y termina de la misma forma, con un frío

gélido que se siente por fuera y te destroza por dentro. Cuando me subí al altar para casarme con André lo hice tiritando, no sé si por los nervios, por el frío o por las dos cosas. Recuerdo aquel diciembre como uno de los más fríos de toda mi vida. Uno de los más fríos de toda mi vida hasta ahora, que me obligas a adentrarme en un diciembre perpetuo en el que tu presencia no actuará como manta que me resguarde de la intemperie. ¿Qué lo hará? ¿Qué mantendrá mi tibieza ahora que no estás? Dime. Háblame. Ayúdame. No puedes, ¿verdad? Es ya demasiado tarde.

»Volvería ahora mismo al día en que nos casamos. Cuánto insististe para que eso pasara y cuánto me resistí también. No quería dar alas a quienes querían cortárnoslas, no quería nada de ti más allá de lo que ya me dabas. No buscaba ser señora, solo tu compañera. Que me dejases acompañar tus días, amenizar tus tardes y velar tus noches. Pero tú querías más. Nunca se te ha dado demasiado bien estar solo, ¿verdad? Tenías demasiado amor en el pecho pero nunca supiste expresarlo a través de otro lenguaje que no fuera la pintura. Nunca me sentí tan querida como cuando me pintabas, porque lo hacías obsesivamente. Pasabas más tiempo encerrado en tu estudio que a mi lado, pero verme en tus cuadros era la constatación de que me llevabas contigo a todas partes, en tu cabeza y en tu pensamiento. ¿Qué puede haber más bonito que eso? ¿Existe honra más grande en este mundo? No, creo que no.

»No eras ducho en gestos pero sí en manifestaciones, y yo bebía de ellas como si acabara de regresar de pasar treinta días en el desierto. Bebía y bebía y bebía pero nunca me saciaba. Sabía que si la muerte no te apartaba de mí lo harías tú mismo. Y entonces llegó la propuesta de matrimonio, llegó el papeleo y llegó la llamada que nos confirmaría que esa misma tarde del 2 de marzo nos íbamos a casar en el juzgado. Oh, ¡qué divertido fue echar un pulso con la prensa, con las amistades y con la familia! De nuevo dos niñas pequeñas urdiendo su próxima jugarreta. Y vencimos. ¡Qué contento estabas a medida que pasaban los días y nadie imaginaba nada! ¡Cuánto reímos fingiendo que era otro día más en nuestra rutina! Doce días pasaron hasta que nuestra cara apareció en las portadas y los fotógrafos en la puerta. Las llamadas pidiendo explicaciones y nosotras

renegando de darlas. El amor no entiende de explicaciones, tú y yo lo sabíamos. El mundo tardaría un poco más en darse cuenta.

»Si pudiera tumbarme aquí a tu lado y fundirme en tu sueño lo haría. Me dejaría arrullar por una muerte precipitada con tal de encontrarme contigo al despertar del duermevela. Abre los ojos, abre esa boca y dime que esto es un mal sueño. Dime que vienes a buscarme para llevarme contigo. Dímelo, te lo ruego. Pero no dices nada y me dejas aquí hablando sola. Así me quedaría los años que me quedan por delante, pero de un momento a otro vendrá esta gente a molestarnos, a separarme de ti porque no se dan cuenta de que tú solo estás dormido. Estás dormido, pero despertarás pronto y, cuando lo hagas, te recibiré con lágrimas de emoción y abrazos llenos de cariño. ¿Qué voy a hacer, querido? ¿Qué voy a hacer con todo este amor que tengo todavía dentro y que solo puede ser para ti? ¿Lo cuelgo en las paredes, lo estampo en las cartas, me rasgo con él las vestiduras? No hay flores suficientes que echar en la tumba que será tu altar y que escenifiquen el vacío enorme que dejas, la falta que creas con tu partida.

»Hay gente que dice que ser madre es el mayor regalo. Es mentira. Para mí el mayor regalo fue ser tu esposa, tu compañera, tu confidente, tu cuidadora. Sé que Cathy no lo entiende y que es demasiado tarde ya para que lo haga, pero te he cuidado a ti más y mejor que a nadie. Mejor que a mí y mejor que a ella. Sabes que no me lo ha perdonado nunca, igual que a ti tampoco te lo perdonaron tus hijas. Pero ellas no entienden que el destino nos viene dado y que nuestro único cometido es cumplirlo. Mi destino fue entregarme a ti y el tuyo entregarte a tu arte. Yo fui vagando de casilla en casilla, de compromiso en compromiso, y no empecé a vivir hasta que tú no viniste a sacarme de la inercia, a darle un nuevo sentido a mi existencia. Esa inercia que me tenía aletargada y apartada de los placeres que sin ti no habría conocido. Por eso te estaré siempre agradecida. La felicidad que ahora pierdo llevará siempre tu nombre. Hasta luego, querido. Gracias por haberme dado los años más maravillosos, felices y plenos de mi vida.»

Mientras se inclina sobre el oído de su marido para susurrar unas últimas palabras, ninguna lágrima se encuentra con las mejillas de Jacqueline Roque. Al incorporarse se sacude los pantalones para alejar de ellos cualquier arruga y sale

cerrando la puerta a su paso. Se queda parada unos momentos en el pasillo, entra en la habitación de al lado y abre la cómoda que hay cerca de su cama, esa que hace tanto que ya no utiliza para dormir. En el segundo cajón hay una pequeña pistola, un pañuelo que bordó con las iniciales de su esposo y las suyas entrelazadas en una paloma —la misma que él solía ir a dibujar con tiza en el suelo de Le Ziquet cuando se estaban conociendo—, una pequeña botella de cristal llena de whisky y una cajita de latón llena de analgésicos. Coge dos, vacía junto a ellos el contenido de la botella en la boca y va al baño para lavarse los dientes y disfrazar el olor a alcohol. Le sobreviene un mareo que la obliga a apoyar los brazos en el lavabo, dejar caer la cabeza entre los hombros y cerrar los ojos. Permanece así varios minutos hasta que encuentra fuerzas para lavarse la cara.

La hipocondría de su marido había ocultado ante el mundo y durante años su dependencia del alcohol. Como todos los ojos se centraban en él en lugar de en ella, el asfixiante peso de las responsabilidades la fue empujando en soledad a hacer de su cuerpo una máquina que nunca descansa. Nunca recurrió al alcohol como un escape, no al menos hasta ese momento; lo hacía como el coche recurre a la gasolina para poder ponerse en marcha. Jornadas interminables de quehaceres que nunca acababan, dolor de huesos y de cabeza que no tenía tiempo para sentir, solo para aplacar. No podía fallarle a su marido, así que no permitía que su cuerpo le fallase a ella. Una copa por aquí. Una pastilla por allá. Y de esta forma iba sobreviviendo al embiste de los días mientras se hundía en un pozo cada vez más profundo y angosto sin que nadie pareciera darse cuenta.

De camino a las escaleras se cruza de frente con Cathy, que sube a despedirse. Cuando su hija está a punto de abrir la puerta de la habitación de su marido, Jacqueline la agarra de la muñeca y la mira a los ojos. «No lo molestes», le espeta. «Ven conmigo. Tenemos que hacer muchas llamadas.» Cathy la mira perpleja pero no dice nada. Está acostumbrada a la posesividad de su madre respecto a su padrastro, pero le sorprende darse cuenta de que su territorialidad se extiende más allá del umbral de la muerte. Suelta un largo suspiro, se repite a sí misma que el lenguaje del duelo lo entienden solo las dolientes y sigue a su madre. «¿No prefieres que cojamos el ascensor?», le propone en un amago por mostrar una preocupación que

en realidad no siente. Lo único que quiere es salir de esa casa, librarse de ese circo. «Sabes que ese ascensor es para mi marido. Tú y yo podemos bajar por las escaleras.» No vuelven a dirigirse la palabra en toda la mañana.

Cuando llegan abajo, Doris y María están ya con los preparativos para el velatorio. Ambas miran a Jacqueline, tratando de calibrar su estado de ánimo y delimitar las líneas que pueden cruzar en ese momento. En el ambiente flota una tensión capaz de hacer añicos una cristalería entera. La señora de la casa parece ida, flotando entre dos mundos y ninguno le pertenece. Camina desorientada por las estancias, entra en la cocina, va hacia la entrada, se acerca al pie de las escaleras, vuelve al baño. El teléfono no para de sonar y cada una de las cuatro mujeres se turna para contestar, recibir el pésame o dar las malas noticias. El Maestro ha muerto. El Maestro ha muerto. El Maestro ha muerto. Que descanse en paz. Lo siento muchísimo. ¿Cuándo es el entierro? Mi más sincero pésame. ¿Lo sabe ya la prensa? Cualquier cosa que necesites, aquí nos tienes. ¿Podemos ir a verte? Jacqueline aguanta la compostura como un chicle de enorme elasticidad, pero todas en esa casa saben que está a punto de romperse. Su serenidad es una equilibrista caminando por la cuerda floja sobre un precipicio de doscientos metros de altura. Doris y María revolotean a su alrededor sin tocarla y sin hablarle, pero dispuestas a recogerla en pleno vuelo cuando caiga.

En un despiste, Jacqueline Roque sale a la puerta de Notre Dame de Vie con la humedad de la lluvia sobre el suelo como único zapato. Camina hacia el portero más próximo, las manos enfundadas en sus guantes de jardinería, y empieza a cortar flores. Cuando entra en la cocina para arreglarlas lo hace tarareando, espantando el ciclo de pensamientos intrusivos que amenazan con empujarla fuera de la cuerda mientras deja a su paso una estela de barro y briznas de hierba que María tendrá que barrer y fregar después. Quita las espinas de las rosas blancas, las hojas de las hortensias y corta los tallos de los claveles. Cathy la vigila por el rabillo del ojo mientras se toma otro café, el tercero del día. ¿O es el cuarto? Su madre le da la espalda, permanece ajena a todo cuanto ocurre a su alrededor. La casa parece querer llenarse de movimiento, pero ahora es un bastión si cabe más impenetrable que antes de la muerte del marido de Jacqueline. Con cada visita

del médico, cada noche con problemas para que el aire llegase a los pulmones, pusieron en marcha un simulacro que hoy ha dejado de serlo para demostrar su infalibilidad: las hijas del fallecido no pisarán este suelo y sus anteriores mujeres tampoco. Las órdenes expresas que dio el marido ahora cobran vida a través de la imperturbabilidad de su esposa.

Cuando ha terminado de confeccionar el arreglo floral, Jacqueline Roque coge uno de los muchos jarrones vacíos desperdigados por la planta baja, coloca las flores en él y se va en dirección al estudio. No deja de tararear en ningún momento. El sonido que sale de su boca va generando tras ella un eco macabro que rompe la solemnidad que inunda la casa. Se queda parada delante de la puerta y con ella se detiene también el tarareo. Se aclara la garganta, da unos suaves golpes en la puerta y espera unos segundos para abrir. «¡Querido, mira qué te traigo del jardín!», dice mientras entra con una sonrisa. En medio del estudio los lienzos, papeles, botes de pintura y pinceles no son capaces de llenar el vacío que la golpea. A Jacqueline se le escurre el jarrón de entre las manos, que se hace añicos en el suelo y amenaza con cortar sus pies desnudos. A continuación cae ella, a plomo sobre las rodillas, escondiendo la cara entre las manos y rompiendo a llorar.

// NOTA BIOGRÁFICA

Jacqueline Roque, bautizada como Jacqueline Marie Madeleine, nace el 24 de febrero de 1926 en París. Cuando tiene dos años, Georges Roque abandona a su esposa Madeleine, dejándola sola a cargo de Jacqueline y de su hermano André. Madeleine se muda con sus dos hijas al barrio obrero de Villeneuve-la-Garenne y empieza a trabajar como costurera y empleada doméstica. En 1931 se casa en

segundas nupcias con Jean Trotin, un mecánico y electricista al que Jacqueline recordará con cariño. En 1944, a la edad de dieciocho años, pierde a su madre: Madeleine muere debido a una congestión cerebral. Un año después, ya terminada la Segunda Guerra Mundial, se emplea como secretaria en una constructora y allí conoce a su primer marido, André Hutin, un ingeniero de caminos

callado y poco cariñoso con el que se casa el 18 de diciembre de 1946. Ella tiene diecinueve años.

Dos años después, el 4 de enero de 1948, Jacqueline da a luz a su única hija, Catherine Blanche Hutin. Sufre una profunda depresión posparto los meses siguientes. A finales de ese año trasladan a su marido a Bobo-Dioulasso (Burkina Faso) y la familia vive allí durante cuatro años. Lectora empedernida y de una curiosidad sin límites, Jacqueline no tarda en aprender los idiomas de la zona, el dioula (yulá) y el bambara, pero las continuas faltas de respeto de su marido, sumadas a sus infidelidades, la obligan a tomar la decisión de volver a Francia llevándose a Catherine con ella. Llega a la Costa Azul en 1952, donde se establece en una casa en la zona de Golfe-Juan llamada *Le Ziquet* —es por ello por lo que en las primeras obras que el pintor le dedica, Jacqueline Roque aparece referida como Madame Z.

Cuando lleva un año viviendo en Golfe-Juan empieza a trabajar como dependiente en el taller de Madoura. A pesar de que es habitual encontrarse con fuentes que la ligan a la familia Ramié, propietaria del taller, indicando que era prima de Suzanne Ramié, lo cierto es

que no existe ningún tipo de parentesco entre las dos mujeres. Esta no es la única inconsistencia a la hora de acercarse a la biografía de Roque: algunos textos datan su fecha de nacimiento en 1927 en lugar de en 1926. Es en el taller de Madoura donde coincide con el pintor, que por ese entonces lleva un tiempo experimentando con la cerámica. Durante seis meses la corteja sin descanso, hasta que finalmente Jacqueline Roque cede y empiezan una relación que durará dos décadas. En el momento en que se conocen, 1953, ella tiene veintisiete años y él setenta y dos. Como Françoise Gilot había dejado al pintor por aquella época, Roque lo acoge en su casa hasta que se mudan juntas a la nueva residencia de él, La Californie, en 1955. Dos años después, en 1957, Jacqueline se somete a una operación de urgencia por una apendicitis grave. La mala praxis del cirujano la deja estéril.

Desde que se formaliza la relación, Jacqueline vive por y para el artista, retomando las tareas que este solía derivar en todas sus parejas: actúa como su secretaria, su enfermera, su chófer, su asistente, su modelo y también su estrecha colaboradora. Durante el rodaje del documental que Clouzot hace sobre

su marido, por ejemplo, Roque se encarga de rellenar las botellas de pintura, ordenar los colores y rotuladores que ella misma ha encargado a Estados Unidos y hasta le seca el sudor de la frente a su pareja entre toma y toma. Durante los veinte años que dura la relación, Roque se encarga también de adquirir todos los útiles que él necesita para trabajar: lienzos, botes, pinceles, marcos, caballetes, etcétera. Además posa regularmente para él, siendo la mujer a la que más obras dedicaría el artista: un total de más de cuatrocientas, de las cuales 311 llevan su nombre.

Ocho años después, el 2 de marzo de 1961, contraen matrimonio en absoluto secreto: sus respectivas familias y amistades se enteran al ver la noticia en la prensa doce días después. Como regalo de bodas, su segundo marido le regala la mansión de Notre Dame de Vie, a la que se mudan a finales de ese año desde su otra mansión, Vauvenargues, para estar más cerca de los servicios médicos debido a la avanzada edad del pintor, que para entonces ya tiene ochenta años. La relación y matrimonio entre ambas nunca llegará a ser aprobada por entero ni por la familia del artista ni por muchas de sus amistades: algunas

biografías del pintor retratan a Jacqueline como una mujer malévola que «secuestró» al Maestro, aislándolo del mundo en contra de su voluntad, razón por la cual las hijas del pintor llegaron a llamar a la policía para que se personase en el domicilio con el fin de comprobar su estado de salud. Más allá de que Roque tuviera una personalidad posesiva y fuese muy celosa de la compañía de su marido, este también tenía fama de derivar en sus parejas la responsabilidad de las decisiones que tomaba por sí mismo, de modo que es más probable que Jacqueline estuviese siguiendo las órdenes de él que imponiendo las suyas; la entrega y sumisión que refieren los textos que hablan de ella entra en conflicto directo con la imagen de manipulación y maldad que intentan vender de ella al mismo tiempo.

En 1966, Roque se encarga de comisariar en París la mayor exposición de su marido hasta la fecha. Es habitual que ella esté detrás de todas las muestras del pintor: selecciona las obras, las mide para realizar la ficha técnica, diseña la museografía y también redacta la información de paneles y cartelas. El cansancio, el estrés y la responsabilidad que carga sobre sus espaldas va

empeorando su estado de salud, hasta que llega un punto en el que cae enferma y exhausta con regularidad. Sufre fatiga crónica y problemas de insomnio que, sumados a la preocupación por el estado de salud de su marido (curiosamente mucho más estable que el suyo propio a pesar de la diferencia de edad), la empujan al consumo desenfrenado de alcohol al final de la década de los sesenta y también al de somníferos a partir de la muerte del artista, en 1973.

Desde esa fecha, Roque se entrega por completo a la difusión de la obra de su difunto esposo donando numerosas obras y realizando varias exposiciones.

De hecho, si el *Guernica* y otras muchas creaciones están expuestas en España es gracias a ella y a su incansable labor como comisaria, agente y promotora.

El 15 de octubre de 1986, pocos días antes de la inauguración de una gran exposición en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid —ahora el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía—, Roque llama por teléfono a medianoche al director Aurelio Llorente para ultimar algunos detalles y asegurarle que unos días después cogerá un vuelo para personarse en Madrid. Tres horas después se mete en la cama, se tapa con la sábana hasta el mentón y se pega un tiro. Tenía sesenta años.